

**EL TRIUNFO
DE LOS
PRINCIPIOS**

**CÓMO VIVIR
CON
THOREAU**

TONI MONTESINOS

Ariel

Toni Montesinos

El triunfo de los principios
Cómo vivir con Thoreau

Ariel

1.ª edición: mayo de 2017

© 2017, Toni Montesinos Gilbert

Fotografías cedidas por el autor.

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2017: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2581-1

Depósito legal: 978-84-344-2581-1

Impreso en España por Romanyà-Valls

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

Presentación: Una vida con Thoreau	11
Prólogo: El yo de David Henry, mejor dicho, Henry David	17

RELACIONES

THOREAU CON O CONTRA LOS OTROS

Misantropía y soledad	45
Escritores en Concord	61
Misoginia, amistad y amor	77
Educación y cultura	99

ESCEPTICISMO SOCIAL

THOREAU FRENTE AL PODER

Trabajo frente a ociosidad	119
Materialismo y dinero	133
Rechazo a las instituciones	147
Errores del vivir moderno	165
(Paréntesis de arte. Thoreau, lector y escritor)	189

ESPÍRITU
THOREAU HACIA SÍ MISMO

Sencillez y sinceridad	221
Trascendentalismo y <i>carpe diem</i>	247
Confianza en uno mismo	273
Vivir la naturaleza	293

EXPERIENCIAS
THOREAU EN ACCIÓN

La laguna de Walden	317
Desobediencia y cárcel	343
Esclavitud y guerra	373
Caminar cada día	411

Epílogo: Vivir y no sólo existir	435
--	-----

Agradecimientos y milagros	451
--------------------------------------	-----

Cronología	457
----------------------	-----

Bibliografía	465
------------------------	-----

Notas	485
-----------------	-----

Lista de fotografías	517
--------------------------------	-----

Índice alfabético	521
-----------------------------	-----

Misanropía y soledad

El narrador estadounidense William Saroyan, en su novela sentimental y antibelicista *Las aventuras de Wesley Jackson* (1946), dijo algo sobre la soledad, la lectura y la vida que ahora nos atañería especialmente: «El hombre es una criatura solitaria. Está solo pese a toda la compañía que tiene en el mundo. Está tan solo que a veces se aparta de la compañía del mundo y busca la de los muertos: lee los libros que escribieron hombres que vivieron hace mucho tiempo. O bien busca la compañía del campo y del cielo y de sus criaturas, siguiendo el ejemplo de Thoreau».¹

El recuerdo que tenemos de Thoreau si no hubiera tenido la determinación de pasarse más de dos años en una casa en los bosques sería bastante diferente. Sí, seguiríamos viéndolo como un hombre que paseaba a solas y se alejaba del bullicio de las gentes y las ciudades, al que le encantaban las excursiones de varios días de duración y dormir al raso, sublimando la parte animal y vegetal por encima de la humana, pero la experiencia y la escritura de *Walden* —los hechos y las palabras que decía Alcoriza— marcan su trayectoria y convierten aquella decisión en un hito personal, incomparable, único.

Es la apuesta total por el alejamiento y la soledad persistentes, aunque tuviera contacto frecuente con los habitantes de Concord y su familia estuviera a dos kilómetros de distancia. Thoreau no es un Robinsón gratuitamente desdeñoso sin ni siquiera un Viernes que le pueda hacer compañía, pues en su casita recibirá gustoso visitas de amigos o gentes que van de

paso; es un solitario que disfruta de *ser* y de ser solitario, y que se aparta voluntariamente para colocarse de cara con lo que la vida tiene que decirle o enseñarle sin filtros, sin obstáculos o condiciones regidas por decisiones sociales. No está en una isla. Se diría que él mismo es una isla, impenetrable para los demás, o la cima inaccesible de un monte al que nunca se podrá llegar del todo por culpa de una niebla de fría severidad.

Tampoco es el tipo de misántropo que popularizó Molière en su obra teatral de 1666, con su protagonista Alceste hipocondríaco y enamorado de una mujer coqueta, veleidosa y frívola que al final, con su desdén y burla, lo lleva a reflexiones de corte misógino después de que hayamos ido conociendo sus altas miras morales y el desprecio que siente por la sociedad circundante.

La misantropía de Thoreau es más sutil y compleja; por supuesto, fiel a su metódica individualidad, no depende de nadie salvo de sí mismo; no busca el consuelo del amor romántico como excusa en la que apoyarse dentro de un sistema en el que no encaja con vistas a albergar esperanzas; no se limita a denunciar lo que le repele sino a proyectar remedios personales que, sumados uno a uno, se harían globales y mejorarían el mundo al final del año poco a poco.

En una carta a Blake, sostiene que sería mejor que los hombres, «en lugar de ser pigmeos atormentados, fueran Gigantes Desesperados». Emerson cuenta que su vida es tan improductiva y mezquina la mayor parte del tiempo, que se ve obligado a utilizar toda clase de recursos y, entre otros, a los hombres. «Yo le digo que sólo diferimos en los recursos. El mío es alejarme de los hombres.» Y aquí viene el gran porqué, el alcance de su exigencia ante los demás: «Pocas veces me conmueven por su magnanimidad o belleza».² Los hombres no son para él un apoyo, un recurso como en el caso de su amigo, rocas en las que poder poner los pies para atravesar el diario río de vivir, sino una corriente adversa de la que cabe huir.

Al hilo de lo que le dice a Blake, sería pertinente recuperar algo de lo que escribió Woolf en su iluminador artículo: «Hubo otros hombres y mujeres maravillosos, de gran belleza huma-

na, pero remotos. Eran diferentes. A él le costó horrores entenderlos. Eran para él “tan curiosos como si fueran perrillos de las praderas”. Todo contacto humano era sumamente difícil; las relaciones humanas eran precarias en extremo, terriblemente propensas a terminar en decepciones». ³ No hay otra manera de decirlo más clara; sencilla y contundente: decepción. Thoreau vive entre el yin que son los seres humanos que le defraudan sin cesar y el yang que es la naturaleza que le hace feliz eternamente. También dirigiéndose a Blake, llena su expresión de clamor al referirse a la vastedad de las tierras donde sólo habitan personas con las que no se tiene afinidad alguna: «La humanidad de todos estos hombres me perturba de forma simplemente monstruosa. En comparación, las rocas, la tierra, las bestias feroces no me son tan ajenas. Cuando me siento en los salones y cocinas de aquellos hasta quienes me lleva mi trabajo [...], siento una especie de temor, un abandono parecido al de un naufrago en una playa desierta». ⁴

La isla Thoreau se siente Robinsón no a solas sino en compañía, inscrito en la cotidianidad ajena, que siempre le parecerá monótona, materialista, mezquina. Coincidirá con Woolf aquel que se acerque mínimamente a Thoreau y enseguida perciba que «era un hombre asilvestrado, y nunca se sometería a la domesticación». ⁵ La bestia feroz, el animal salvaje, era él. Sus garras y sus colmillos tenían la forma afilada de las palabras, y su territorio de lucha eran la escritura y la lectura. En el ámbito práctico, ya vimos gracias a Stevenson que era un hombre con unas habilidades tan numerosas como variadas, así que las dificultades de la soledad sin más asideros que recurrir a las manos y sin otra defensa que la resistencia física no amedrentarían a alguien como él, todo lo contrario. Al fin y al cabo, como le transmite a Blake, la Soledad (en mayúscula) constituye «esa gloriosa compañía [...] desde la que podemos imaginar que el mundo exterior también está poblado». ⁶

Pero por eso precisamente, por lo poblado que está ese mundo que no desea para él y que es preferible reinventar imaginativamente poniendo por escrito sus teorías y sensaciones, Thoreau se pregunta si merece la pena el contacto con los de-

más: «¿Qué sentido tiene ir a ver a gente a quien nunca ves y que no te ve nunca? Empiezo a pensar que no hace falta que nos veamos», dice en su diario un viernes de noviembre de 1851,⁷ después de contar que esa misma tarde acudió a una fiesta y no disfrutó en ningún caso de la presencia de las jóvenes que estaban allí; muchachas acostumbradas a marinos animosos que de súbito se encontraban hablando con «un individuo tan seco», como se define en un acto de sinceridad para consigo mismo.

El paso del tiempo hará que se incremente el aljibe donde se van almacenando la lluvia de decepciones. Las razones de tamaño alejamiento son claras: «Encuentro, como siempre, muy poco beneficioso tener mucho que ver con los hombres. Es sembrar viento sin siquiera recoger tempestades: es recoger tan sólo una calma y una quietud improductivas. Nuestra conversación es meramente una fluida, civilizada e interminable especulación»,⁸ le dice a Blake tres años después de aquella tarde festiva en que al final encontraría más entretenimiento —el mismo día en que recuerda la tortura de conversar con chicas en medio del ruido de cuarenta personas hablando a la vez— acompañando a un anciano a almorzar galletas y queso en el bosque, en un rato donde imperó sobre todo el reposo y el silencio entre ellos. Una excepción aquel «señor Joseph Holmer» dentro de una percepción generalizada:

El hombre que encuentro no suele ser tan instructivo como el silencio que rompe. Esta calma, esta soledad, esta naturaleza agreste, son una especie de eupatorio o consuelo para mi intelecto. Eso es lo que salgo a buscar. Como si encontrara siempre en esos lugares un compañero extraordinario, sereno, inmortal, infinitamente alentador aunque invisible, y paseara con él. Allí al menos mis nervios se calman, mis sentidos y mi mente cumplen su cometido. Sé muy bien que para la mayoría de mis vecinos sería un suplicio verse obligados a pasar una hora aquí, sobre todo un día gris como éste; y, sin embargo, yo recibo esta dulce e inefable compensación por ello. Es lo más agradable que hago. Es evidente que mis beneficios no son válidos para ellos.⁹

Son frases del diario de 1857 que recogen intensamente la postura de Thoreau ante los otros. Solamente le quedaban cinco años de vida, pero todavía formulaba el deseo de perfeccionarse, eso sí, deseando «olvidar durante buena parte de todos los días a todos los hombres triviales, intolerantes y mezquinos (y eso normalmente requiere olvidar también todas las relaciones personales); y por eso vengo a estos lugares solitarios, donde el problema de la existencia se simplifica».¹⁰ El escritor lo tendría muy fácil. Si hoy en día Concord es un pueblo rodeado de un inmenso bosque sólo atravesado por las carreteras de esa zona del condado de Middlesex —un lugar histórico donde los haya, pues fue fundado en 1643—, durante el segundo tercio del siglo XIX debía de ser, como resalta algunas veces Thoreau al aludir a la inmensidad del territorio norteamericano, una zona virgen pese a la inicial incorporación del ferrocarril.

Thoreau se alejaba solamente una o dos millas del pueblo y conseguía sumirse «en la soledad y en el silencio de la naturaleza, con las rocas, los árboles, las plantas...».¹¹ Y poco tenía que pasar a su alrededor, simplemente la conciencia de hallarse en una sociedad regida por especulaciones e intereses superfluos



o triviales, para acallar lo que da en llamar «ruido superficial» en la carta mencionada a Blake de 1854.¹² Remando por el río adyacente y sintiendo el rocío purificador, a Thoreau le asalta «una infinita tranquilidad» y disfruta de un silencio tan abrumador que llega a encontrarlo «musical».

He aquí la intimidad de Thoreau: el dúo de soledad y silencio que le hace compañía y le da la más perfecta melodía que escuchar. Pero no es simple ausencia de ruido, sino algo más profundo e introspectivo: «El Silencio es el refugio universal, la escuela de todos los discursos insulsos y las acciones necias, un bálsamo para todas nuestras desazones, al que damos la bienvenida por igual tras la saciedad y la decepción», escribe en la penúltima página de *Musketaquid*.¹³ Escuchar el silencio es posible para todos, en todas las épocas y en todos los lugares, anota en el párrafo anterior, diferenciando entre el silencio, lo que escuchamos hacia el interior, y el sonido, lo que escuchamos hacia el exterior.

Esa íntima soledad, todo un santuario que nadie puede violar, tendrá directo vínculo con el hecho de buscar aislarse en la cámara donde ese dúo puede producirse: los campos y los bosques, en pos de salir del radio de acción e influencia de la gente: «Debido a la intimidad que tengo con la naturaleza, me siento retirado del hombre. El interés que tengo en el sol, en la luna, en la mañana, en la tarde, me lleva a la soledad», leemos en su diario de 1852,¹⁴ y muchos centenares de páginas y once años atrás, esta misma idea, inicial e irrefutable, ya se había asomado con la misma fuerza que lo hará a lo largo de las pocas décadas que le tocó vivir: «¡De qué modo tan solitario debemos vivir nuestra vida! Vivimos en la costa, y no hay nadie entre el mar y nosotros».¹⁵

No hay salida, o la salida está, como siempre, en la naturaleza. Y sin embargo, tras esa nota de 1854 sobre la íntima relación con el entorno natural, venía algo crucial, contradictorio, siquiera una señal que podría indicar algún grado de inquietud o pesar, aunque tan contradictorio que a fin de cuentas parece más bien críptico, solamente entendible para sí mismo: «Mi deseo de estar en sociedad aumenta infinitamente; mi aptitud para estar en cualquier tipo de sociedad disminuye».¹⁶ ¿Sería

que racionalmente se viera dirigido a querer formar parte del mundo que lo rodeaba pero que tal cosa no podía vencer a lo auténticamente verdadero, el instinto, esa aptitud que lo encarilaba por una vía paralela de soledad y silencio?

Tal vez lo intentó. De hecho lo hizo mediante una manera que equilibraba transmitir sus agudezas mientras establecía distancia con el oyente, con el espectador de su maquinaria de pensamiento incesante y a menudo provocador: desde una mesa, un atril, una tarima. Quiso difundir su voz, su opinión. Quiso, en suma, ayudar a abrir las mentes hacia otras formas posibles de reflexionar o ver la existencia.

Nos estamos refiriendo a su actividad como conferenciante, la cual, como en su faceta de escritura fracasada frente al público, fue malparada si hacemos caso de sus comentarios en el diario pero de considerable enjundia si revisamos el número que pronunció en distintas localidades.

Así, como bien indica Casado da Rocha, su primera charla en público se produjo en 1838, en el Liceo de Concord —fundado diez años antes con la idea de realizar allí debates y lecturas, e incluso celebrar actos musicales, que dudaría hasta después de la Primera Guerra Mundial—, con el título de «Sociedad», a la que le seguirían a lo largo de los años, desde 1844 hasta 1860, algunas muy emblemáticas. Por ejemplo, la que dedicó en Boston a «la reforma y los reformadores» en 1844; la consagrada a un autor muy admirado por él y Emerson, el historiador y crítico social escocés Thomas Carlyle, en 1846; la que tituló «Historia de mí mismo» en 1847, o las dos que daría al año siguiente en el Liceo, al poco de volver de Walden Pond, en torno a la «resistencia al gobierno civil» y que finalmente pasaría a titularse «Civil Disobedience» cuando se incluyera el texto en su libro póstumo *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers* (1866). O la que, con el nombre de «La esclavitud en Massachusetts», pronunciaría en 1854, escasas fechas antes de que publicara *Walden*. O la que ofreció a la audiencia ese mismo año llamada «Ganarse la vida», que Thoreau acabaría titulado «Una vida sin principios» cuando sólo le quedaban dos meses de vida.¹⁷

Distintos y muy variados lugares del estado de Massachusetts, aparte de Boston y Concord, como Framingham, Salem, Lincoln, Clinton, Worcester, Medford, Plymouth, Amherst, Fitchburg, New Bedford, Nantucket, Lynn y Worcester, del estado de Maine (Portland), del estado de Pensilvania (Filadelfia), del estado de Rhode Island (Providence), del estado de Connecticut (Waterbury) y del estado de Nueva Jersey (Perth Amboy) vieron los pasos y oyeron la voz de un Thoreau que despreciaba abiertamente una vida urbana —«... esos lugares triviales que llamamos Massachusetts o Vermont o Nueva York», dice en *Musketaquid*—¹⁸ en la que jamás pareció sentirse a gusto.

Uno de los motivos era la recepción y expectativas del público, que no se sentiría atraído por los asuntos que de buen grado Thoreau hubiera tratado: «Podría dar una conferencia sobre las hojas secas de roble; podría, pero ¿quién querría escucharme?»,¹⁹ le dice a Blake en la recta final de su decepcionante empleo, en 1856, cuando justifica su hartazgo diciendo que no quiere dar nada de su vida a cambio de dinero, despreciando los cincuenta dólares que se solían pagar al conferenciante.

Él mismo se reconoce «inflexible» en este asunto concreto, y nunca sabremos si esta especie de rencor hacia el oyente incrementaría su percepción general misantrópica; lo que es seguro que contribuiría a su deseo de alejarse del mundanal ruido. En su diario de 1857 lo cuenta así:

Durante algunos años me he ofrecido en parte como conferenciante; así ha sido anunciado varios años. Sin embargo, en un año he tenido dos o tres invitaciones a pronunciar una conferencia, y en otros tres ninguna. Me felicito, porque así me han permitido quedarme en casa, y soy mucho más rico por ello. No sé qué habría obtenido de gran valor, salvo dinero, de haber salido, pero veo lo que habría perdido. Me parece que así he disfrutado de una prórroga de la vida más larga y liberal. No puedo permitirme contar mi experiencia, en especial a quienes tal vez no se interesen en ella. [...] En cuanto a los asistentes a las conferencias, lo que pienso no es asunto suyo. Me doy cuen-

ta de que la mayoría da gran importancia a sus relaciones, más o menos personales y directas, con muchos hombres, que se presentan ante ellos como conferenciantes, escritores u hombres públicos, pero todo esto me resulta impertinente y estéril. Nunca he reconocido a una multitud de hombres, y nunca he sido reconocido por ninguna. Nunca he estado seguro de su existencia, ni ellos de la mía.²⁰

Thoreau, inexistente para los demás; los demás, inexistentes para Thoreau. Un resquemor atraviesa sus apuntes, algunos fragmentos de las cartas que envía a Blake y que casi se tratarían de desahogos. En 1856, se le había quejado de no haber recibido ninguna invitación a dar conferencias el año anterior, y afirmaba, irónicamente: «Como ve, cada día soy más rico». Sin embargo, tal cosa le resultará del todo coherente porque en realidad dice sorprenderse de que alguien le llame para escucharle, aunque como hemos visto no fueron pocos los sitios y las veces que fue convocado para dar una charla. Pero todo lo que provenga del ser humano acaba en la red de la decepción, de percibir esa inexistencia mutua que se ha ido generando sobre la base de quedarse defraudado una y otra vez: «Confieso que me alarmo grandemente incluso cuando escucho que alguien quiere conocerme, pues mi experiencia me ha enseñado que de ese modo tan sólo adquirimos la certeza de nuestra mutua extrañeza, de la que de otro modo nunca podríamos haber sido conscientes».²¹ ¿Falsa modestia mezclada por la insatisfacción que provoca pedir lo que los demás no están preparados para dar? ¿Prejuicios que no dan una oportunidad al otro y que acaban deletreando la palabra misantropía?

Siguiendo la estela de la descripción física que hacíamos páginas atrás del Thoreau algo brusco en el trato, a partir del artículo de Stevenson, se puede deducir que su carácter tampoco podría ser el más adecuado para una labor que tiene algo de dotes didácticas, paciencia, también ganas de aprender de los demás y habilidades comunicativas de profesor u orador profesional. La seguridad en sí mismo, tan importante frente a un auditorio, no le bastaría a la hora de encarar sus

discursos que ya de entrada, con toda probabilidad, él iba a intuir que no serían recibidos con el entusiasmo y el espíritu deseados por la audacia de sus planteamientos, por su crítica al sistema establecido.

Un punto de vista «elevado y árido», carente de «ilusiones», es el principal reproche que le hace el autor de Edimburgo cuando aborda cómo Thoreau veía las relaciones humanas íntimas, y acaba calificándolo de «árido, gazmoño y egoísta. Lo que busca en esta intimidad es su propio provecho: provecho moral, desde luego, pero aun así provecho, para sí mismo». En el otro busca su «educación»: «¡Su educación! Como si un amigo fuera un diccionario. Y, con todo esto, ni una palabra sobre el placer, la risa, los besos, el ser de carne y hueso. Desde luego, no es extraño que tuviera tan buenas relaciones con los peces», recalca con cimentado sarcasmo; y entonces recuerda una frase de un amigo que dijo: «Cuando le cogí por el brazo, tuve la impresión de coger el brazo de un olmo».²²

Tal imagen es una mina para el cáustico Stevenson, que sigue reprochando a Thoreau haber elegido más ser esa especie de árbol que un ser humano; el resultado es que, con un trato más abierto hacia la gente, «habría cosechado beneficios desconocidos para su filosofía». El enfoque, así, estaría equivocado desde primera instancia: «... la sociedad ha de ser algo más que una empresa para la mejora mutua: de hecho, debería ser eso sólo de modo colateral y, hasta cierto punto, inconsciente».²³ Pero no existe ese tipo de inconsciencia en Thoreau, que mide al milímetro sus sentimientos sin dejarse ir como la corriente brava de los ríos en que disfrutaba nadando o remando. «En toda su obra no encuentro el menor rastro de compasión»,²⁴ afirma Stevenson, y alrededor de esto también habría que pensar que un conferenciante que no disculpe la ignorancia o el temor de su público, que no se compadezca de él sin que ello le arrastre a despreciarlo, será un actor que en efecto es mejor que diga su recitado en la soledad de su silencio, en el pensamiento de su escritura.

Citando el retrato que hiciera de él un tal reverendo John Weiss en 1837, Woolf vendría a ratificar lo expuesto por Steven-

son: «Era frío e impertérrito. El tacto de su mano era húmedo e indiferente, como si hubiera tomado algo al ver que uno iba a darle un apretón, y le embadurnase la mano de ese modo». Se habla en esa referencia de «sus ojos saltones, entre grises y azules», de su «nariz prominente», de que caminaba con la gravedad estilosa de los indios. Una descripción rotunda que no le deja en buen lugar en lo que atañe, cómo no, a las relaciones más o menos íntimas: «No le importaban las personas; sus compañeros de clase le parecían muy distantes. Lo recordamos con la pinta de una escultura egipcia, de rasgos generosos, pero mediatubundos, inmóviles, clavados en un místico egoísmo. Con la mirada escrutaba a veces algo, como si se le hubiera caído o esperase encontrarlo. De hecho, rara vez levantaba la mirada del suelo, incluso cuando conversaba más seriamente con quien fuera».²⁵

Según la autora londinense, estamos ante un egoísta a tan gran escala que, paradójicamente, acaba no siéndolo. La grandeza de Thoreau relativiza sus aparentes defectos, y sus aparentes virtudes, incluso, como la sencillez que propugnaba por doquier, no la consiguió viviendo como vivió al arrastrar una personalidad tan compleja. «Su logro es más bien el haber expuesto lo que había en su interior, dejar que la vida hallase su propio curso una vez despojada de toda constricción artificial»,²⁶ dice Woolf muy acertadamente, pues Thoreau rehúye tanto lo trivial como lo artificial desde el temple que gobierna sus días a partir de dos premisas básicas: una confianza absoluta en sí mismo y una indiferencia absoluta hacia los deseos.

Todo es cuestión de cómo uno, psicólogo y consejero de sí mismo como no puede haber otro, se enfrenta a los problemas y se adapta a las circunstancias que se van sucediendo. En el libro dedicado a su travesía por los ríos Concord y Merrimack, viajando con su hermano en la barca que llamaron *Musketaquid*, explica cómo enfrentarse con la debida paciencia a escalar montañas difíciles mientras observa que hasta la gente de campo magnifica los obstáculos que la naturaleza impone al caminante de los bosques, añadiendo la siguiente reflexión: «Como en la mayoría de males, la dificultad es imaginaria:

¿qué prisa hay? Si una persona perdida llegase a la conclusión de que, a fin de cuentas, no está perdida, de que no se ha alejado de sí misma, sino que se encuentra justo en el lugar en el que está, y que por ahora vivirá ahí; si cree que los lugares que lo han conocido son los que están perdidos, ¡cuánta inquietud y cuánto peligro se desvanecerían de un plumazo!». Y entonces viene el aforismo que daría sentido a su vida entera: «No estoy solo si estoy conmigo mismo».²⁷

Thoreau nos invita a *estar*—a *ser*, por extensión— siempre bien, esto es, en equilibrio interior, en paz con uno mismo, impasibles a lo exterior, convenciéndonos de no encontrarnos perdidos, de que la inquietud y el peligro son sugerencias que pueden cambiarse con la actitud adecuada. Para lograrlo, él se coloca la coraza del gusto por la soledad, y en ese escudo puede concentrarse en la calma profunda que constituye, como diría la escritora danesa Isak Dinesen, amar el propio destino.

El hombre del que podremos extraer tantas recomendaciones valiosas al leer sus diarios y libros de viajes, sin embargo, no hallaría en su experiencia guías espirituales o morales, mentores o maestros a los que atribuirles la autoridad de enseñar a cómo vivir: «A lo largo de mi vida he conocido muy bien a dos o tres personas, pero jamás he escuchado un consejo que me fuese útil en asuntos que no fuesen triviales y pasajeros. Puede que uno sepa algo que el otro desconoce, pero ni siquiera la máxima cordialidad puede transmitir el requisito indispensable para hacer útil el consejo. Hemos de aceptarnos o rechazarnos por lo que somos».²⁸ Sólo en diálogo exclusivo consigo mismo parece llegar Thoreau a *saber* algo. Pero ¿no es tal cosa característica principal del genio inadaptado, del individuo avanzado a su tiempo o de inteligencia superior?

Justamente, en *Musketaquid*, Thoreau alude a ese genio excepcional al que «más le cuesta sucumbir y amoldarse a los caminos del mundo. El genio es la peor madera si lo que el poeta busca es navegar con la brisa de la popularidad».²⁹ El elogio fácil o el éxito serían contraproducentes: el verdadero genio no se vende ni se acomoda, es del todo contrario a esos

«caminos del mundo» que la mayoría transita; el genio busca otros senderos alternativos donde la autenticidad sustituya las convenciones sociales. Thoreau, aunque sobrio, serio y circunspecto, es un *flâneur* parisino entre olmos, un bohemio londinense río abajo, un jipi de San Francisco haciendo un fuego en el bosque antes de dormir al raso. Un solitario. Y como tal, susceptible del mal melancólico que ya explicó Aristóteles en su *Problema XXX*, que uno de sus estudiosos dio en llamar *El hombre de genio y la melancolía* y que estaba envuelto en las teorías médicas de la época. Así, a finales del siglo v a. C., Hipócrates ya hablaba del veneno de la bilis negra, afirmando que el cuerpo humano contiene sangre, flema y bilis amarilla y negra, y que en función de estos «humores», el hombre podía estar sano o enfermo. La enfermedad melancólica vendría dada por el ennegrecimiento de la bilis o cuando los humores sufrían una distribución incorrecta.

Veinticuatro siglos más tarde, Thoreau tiene un remedio que, lógicamente, pasa por la intervención de la máxima medicina, la naturaleza: «Incluso para el mayor misántropo o para el hombre más melancólico, qué compañía tan tierna y dulce, divina y alentadora, la de cada objeto natural, la de la naturaleza universal. Al que vive en medio de la naturaleza con los sentidos despiertos, no puede afectarle la negra melancolía»,³⁰ dice en su diario de 1845, viviendo en su casa frente a la laguna. Si en otro pasaje destacábamos cómo el autor buscaba cierto recogimiento en el que no evitaba una tristeza que hasta era productiva, ahora, lejos de ponerse melancólico, al disfrutar «de la dulce amistad de las estaciones, sé que nada puede resultar pesado en mi vida. Esta lluvia que riega mis judías y me hace quedarme en casa, también me está regando a mí. La necesitaba tanto como ellas». La «monotonía de lluvia tras las cristales» del poema «Recuerdo infantil» de Machado se avendría mal con el ánimo antinostálgico de Thoreau. Pero es que ni los tópicos populares, ni las convenciones literarias —el romanticismo melancólico del agua cayendo en un ambiente grisáceo u otoñal— le sirven de nada; son demasiado triviales. Él está en otro camino del mundo.

La misma idea saltará del diario para acabar en *Walden*, lo que nos sirve de ejemplo de cómo Thoreau iba aprovechando el material disperso que diseminaba en sus manuscritos del día a día y retomaría para la escritura de libros:

... a veces experimentaba que la compañía más dulce y tierna, la más inocente y alentadora, podía hallarse en cualquier objeto natural, incluso para el pobre misántropo y el hombre más melancólico. No puede haber una melancolía muy negra para el que vive en medio de la naturaleza y aún goza de sus sentidos. Nunca hubo tal tormenta, sino que era música eolia para un oído saludable e inocente. Nada puede empujar legítimamente a un hombre sencillo y valiente a una tristeza vulgar. Mientras disfrute de la amistad de las estaciones, confío en que nada hará de la vida una carga para mí. La suave lluvia que hoy riega mis judías y me retiene en casa no es temible ni melancólica, sino también buena para mí.³¹

Unas pocas líneas más abajo, dice no haberse sentido solo o agobiado por la soledad jamás, salvo cuando unas semanas más tarde de llegar a los bosques, durante una sola hora tuvo la duda de si estar apartado de la vecindad resultaba «algo desagradable». Es como si públicamente Thoreau evitara proyectar una imagen de misántropo, pues nada más acabar el capítulo que tiene entre manos, que no podía ser otro que «Soledad», empieza el siguiente, «Visitas», diciendo: «Creo que me gusta la compañía como al que más y estoy dispuesto a aferrarme como una sanguijuela a cualquier hombre sanguíneo que se cruce en mi camino. No soy por naturaleza un ermitaño y podría sentarme con el más rudo parroquiano de un bar si mis asuntos me llevaran allí».³² Una verdad a medias, podríamos pensar; una forma de suavizar su rechazo a la vida en sociedad cercana, enseguida compensada por «el repiqueteo mismo de las gotas», del «afecto», de la «simpatía» de la «dulce y beneficiosa compañía de la naturaleza».

Sus verdaderas amistades, en efecto, son las cuatro estaciones, las que no decepcionan ni dejan sentir la soledad. En 1853, escribe en el diario que «después de andar en tratos de

negocios con los hombres, me siento desilusionado, como si hubiera hecho algo malo, y me es difícil olvidar dicha circunstancia desagradable. Veo que tal trato, continuado por largo tiempo, acaba haciéndote del todo prosaico, duro y grosero». El yin y el yang; doctor Jeckyl y señor Hyde. Thoreau muestra esta doble cara que siempre contrasta y enfrenta, como en una trama de buenos y malos en la que no hay apenas matices. Tiene claro que «el trato persistente con la naturaleza, incluso en sus estados de ánimo más bastos, no nos endurece ni nos vuelve tan toscos. Un hombre duro, insensible, al que comparamos con una piedra, es, en realidad, mucho más duro que dicha piedra. De los hombres duros, groseros e insensibles hacia los que no tengo simpatía alguna, voy al contacto con las piedras, cuyo corazón, en comparación, es suave».³³

Stevenson convertiría semejante fragmento en una de sus observaciones ácidas que dan la vuelta a la tortilla y recriminan que Thoreau podría sentir más intimidad por una roca que por un ser humano. En todo caso, su conclusión es clara: «El secreto del retiro de Thoreau no reside en la misantropía, de la que no tenía un ápice, sino en su absorbente planteamiento de superación, por un lado, y en sus deficiencias en materia de relaciones sociales, por otro».³⁴

Ciertamente, Thoreau sería un misántropo por vocación, activo y convencido en lo más profundo de su ser, pero un misántropo sociable, valga la redundancia, en una nación que estaba naciendo y creciendo, haciéndose, en medio de una guerra, hacia el progreso tecnológico, pues quién sino él fue el que acudió en 1825 a las celebraciones del cincuentenario de la batalla de Lexington y Concord (inicio de la guerra de la Independencia), participó en algunos debates de la Debating Society de la Academia de Concord en 1829, fue maestro de escuela en 1835 en la localidad de Canton, Massachusetts, fue miembro del coro al aire libre que cantó el «Himno de Concord» compuesto por Emerson el Cuatro de Julio, en una celebración conmemorativa de la batalla de Concord, leyó el discurso de graduación en Harvard College y fue maestro de la escuela pública de Concord en 1837, abrió una escuela privada

en su casa junto a su hermano en 1838, trabajó como tutor de los hijos de un hermano de Emerson en 1843, se ofreció como agrimensor profesional a partir de 1847, fue miembro de la Boston Society of Natural History en 1850 y de la American Association for the Advancement of Science en 1853, participó en el activismo antiesclavista a lo largo de la década de los cincuenta y no cesó de viajar y encontrarse con intelectuales de renombre como los naturalistas Louis Agassiz y Daniel Ricketson, el inglés Thomas Cholmondeley —que le regaló un cofre lleno de libros orientales en 1855—, políticos como Horace Greeley, uno de los fundadores del Partido Republicano en 1854 y director del periódico más importante de la época en Estados Unidos, el *New York Tribune*, o literatos tan relevantes como el que calificará de mayor demócrata conocido, Walt Whitman.³⁵

Absolutamente nadie le dio un consejo útil importante a Thoreau, pero ¿no hubiera sido necesario también estar dispuesto a recibirlo abierta y generosamente como celebró recibir la lluvia o el canto de los pájaros? No obstante, seguro que para personas como Blake sí que serían grandes tesoros de sabiduría los que recibiría de aquel al que veneraba por atreverse a *ser* con todas las consecuencias. Al menos, Thoreau no pretendió contagiar su negatividad hacia los seres humanos, solamente manifestarla en su triple altavoz hacia la sociedad en forma de conferencias, diarios y libros, pues le comunicaría en 1854 al que se convertiría en su albacea literario tras morir una de las hermanas Thoreau, Sophia, una chispa de la esperanza en la afinidad humana de la que él ya se había despedido muy joven sin el rastro de la más mínima melancolía: «Pero a pesar de esto, siga viajando a través de este mundo oscuro y desértico; verá que en la distancia surge un semblante inteligente y afín; las estrellas despuntan en la oscuridad y los oasis aparecen en el desierto».³⁶